



# Observatorio Exterior

Noviembre 2014

## INDIA

### Grandes esperanzas, pequeñas decepciones



El nuevo primer ministro de la India, Narendra Modi, ha tenido ya incluso desde la campaña electoral en la pasada primavera un efecto electrizante en la política nacional e incluso en la visión que se tiene del futuro del país en el exterior. En buena parte gracias a este efecto, la India ha conseguido moderar el impacto de las turbulencias financieras derivadas del fin de la política de expansión cuantitativa de la Reserva Federal, el llamado QE3, y del deterioro del sentimiento inversor hacia los países emergentes.



Acostumbrado a un sistema político inmovilista y a la pesada maquinaria burocrática, el discurso reformista de Modi ha despertado la ilusión no sólo en sus tradicionales votantes del nacionalismo hindú de su Partido Barathiya Janatha (BJP), sino también en la masa de votantes jóvenes que forman la mayor parte del electorado indio. De este modo, obtuvo una espectacular victoria electoral el pasado mes de mayo,

despertando un enorme optimismo entre la población, especialmente en el ámbito empresarial. Modi realizó una campaña de estilo presidencial, muy basada en su carisma de hombre decidido, denunciando la corrupción así como la necesidad de reformar de una vez por todas el pesado aparato estatal para impulsar el crecimiento. Podía, además, mostrar sus credenciales de exitosa gestión económica durante más de diez años al frente del estado de Gujarat, que prometía trasladar al ámbito nacional. Su ascenso ha coincidido además con la debacle del Partido del Congreso, cuya popularidad en los últimos años del gobierno de Mahmoan Sigh se fue a pique, aquejado de escasos apoyos en el legislativo y de sonados casos de corrupción. Así, en las elecciones de mayo, mientras el Partido del Congreso sufría una debacle, Modi obtuvo un resultado histórico. El BJP se hizo con 282 escaños de los 543 que compone el Lok Sabha, la cámara baja. Su alianza de partidos, el DNA, controla ahora casi dos

tercios de la cámara, lo que supone la mayoría más amplia de la que ha gozado ningún gobierno en más de dos décadas y un claro mandato para su plan de reformas.



Sin embargo, tan solo unos meses después de la victoria se ha extendido cierto sentimiento de desilusión en el entorno empresarial, ya que el ritmo y alcance de las reformas están lejos de lo que inicialmente se esperaba. En primer lugar hay que señalar que la posición en el legislativo no es tan cómoda como puede parecer. El gobierno está en franca minoría en la cámara alta, el Rajya Sabha, cuyos miembros son nombrados principalmente por los parlamentos estatales y donde imperan los intereses regionales. Así ha sucedido, por ejemplo, con la reforma para la apertura de la inversión en el sector de los seguros, que pretendía elevar la participación extranjera en las empresas de seguros hasta el 49%(la propuesta inicial ya desilusionó), y que fue bloqueada por el Rajya Sabha.



Así, aunque se han adoptado ya un buen número de medidas en distintos ámbitos, parece que Modi ha optado, al menos inicialmente, por una táctica política en la que se aplazan o diluyen las reformas de mayor calado, y también por ello las más dolorosas, especialmente aquellas como la reducción de subsidios o la reforma laboral, que tendrían un impacto más directo en

el apoyo electoral. Esta táctica podría responder precisamente a que espera que de aquí a 2016 se vayan renovando hasta 35 cargos del Rajya Sabha, lo que presumiblemente le daría una mejor posición para dar un impulso reformista. Efectivamente, así ha sucedido en las elecciones del pasado mes de octubre en los estados de Haryana y Maharashtra, donde el BJP obtuvo la victoria, especialmente clara en el primero de ellos, donde ha pasado de 4 a 47 escaños. Sin embargo, esta táctica entraña el riesgo de defraudar las expectativas creadas, lo que puede desgastar su apoyo inicial e incluso provocar algún revés inesperado en elecciones estatales. Por otra parte, algunas de las leyes que Modi pretende aprobar (como por ejemplo una de las reformas clave, como es la introducción del impuesto sobre bienes y servicios (GST)), requieren modificaciones constitucionales, cuya aprobación precisamayorías de dos tercios de las cámaras, lo que obliga, por tanto, a una negociación con la oposición y otros partidos regionales. Por estas razones el gobierno es consciente de que tampoco puede aplazar excesivamente las reformas y se espera que en la sesión parlamentaria de este invierno vuelva a plantear un gran paquete de medidas, que incluiría el GST, la reforma sobre los requisitos de adquisición de tierras, una reforma



laboral para pequeñas empresas y posiblemente un nuevo intento de reforma de los límites de propiedad extranjera en el sector seguros.

De todas formas, aunque Modi pueda decepcionar las grandes expectativas creadas, su nuevo gobierno está acometiendo, aunque sea de forma gradual, el esfuerzo más serio y con mayores posibilidades de éxito que se ha emprendido en décadas para enfrentar los problemas estructurales del país. De momento, ha conseguido apuntalar la confianza empresarial y, en buena medida, aislar a la India del deterioro en el sentimiento inversor internacional hacia los países emergentes y, con ello, frenar las salidas de capitales y la depreciación de la rupia, que fueron especialmente intensas en 2013. El riesgo a medio plazo es, evidentemente, que este impulso reformista, incluso en esta forma gradual, vaya perdiendo fuerza, con lo que se revierta el efecto positivo sobre los mercados en un periodo de crecimiento todavía relativamente débil. Se estima que la India crecerá en 2014 (año fiscal indio 2013-14) un 4,7%. Una cifra algo baja en comparación al pasado más reciente. En 2015 los analistas confían en que el efecto Modi se haga sentir y la economía crezca un 5,8%.

